

Afirmando la legitimidad revolucionaria. La solidaridad de Luis Echeverría y el PRI con la izquierda chilena tras el golpe de Estado de 1973

Asserting Revolutionary Legitimacy. Luis Echeverría and PRI's Solidarity with the Chilean Left after the 1973 Coup d'État.

Andrea Torrealba Torre¹

Resumen

Este artículo analiza las contradicciones entre la política nacional de Echeverría en México y su postura frente al golpe de Estado en Chile. A partir del análisis de la visita de Salvador Allende a México en 1972 y el seguimiento que el diario *El Día* hizo al golpe de Estado en Chile en 1973 se evidencia la paradoja entre apoyar el régimen de la Unidad Popular mientras se llevaba a cabo una política de contrainsurgencia. En primer lugar, todo esto deja ver la caducidad del aparato presidencialista en México y cómo el uso de la fuerza armada y la adopción del tercermundismo funcionaron como una estrategia de legitimación. En segundo lugar, se analiza la visita de Allende y el golpe de Estado como dos momentos clave para mostrar la paradoja. Para concluir, se explica cómo es posible darle sentido a esta supuesta contradictoria política mexicana y se reflexiona sobre la oportunidad de poner a dialogar las perspectivas historiográficas de los «sesenta globales» y los «setenta subversivos».

Palabras clave: Luis Echeverría, Guerra Sucia, contrainsurgencia, Golpe de Estado en Chile.

Abstract

This article analyzes the contradictions between Echeverría's national policy in Mexico and his position towards the coup d'état in Chile. From the analysis of Salvador Allende's visit to Mexico in 1972 and the coverage of the coup d'état in Chile in 1973 made by the *El Día* newspaper, it becomes evident the paradox between supporting the Popular Unity regime while carrying out a counterinsurgency policy. Firstly, all this shed light on the expiration of the presidentialist apparatus in Mexico and how the use of armed force and the adoption of Third Worldism functioned as a legitimization strategy. Second, this paper analyzes Allende's visit and the coup d'état as two key moments in order to show the paradox. To conclude, it explains how it is possible to make sense of this supposedly contradictory Mexican policy and considers the opportunity to bring the historiographical perspectives of the «global sixties» and the «subversive seventies» into dialogue.

Keywords: Luis Echeverría, Dirty War, counterinsurgency, coup d'état in Chile.

¹ Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción y debate historiográfico

El 11 de septiembre de 1973 un golpe de Estado militar rompió con el pacto democrático que el Ejército había jurado a las instituciones chilenas y al gobierno de la Unidad Popular. Al otro lado del hemisferio, militares mexicanos llevaron a cabo operaciones contrainsurgentes en contra de grupos revolucionarios; sin embargo, el gobierno mexicano reiteró su apoyo al gobierno de Allende y denunció la utilización de la fuerza bruta hacia el pueblo chileno. La disparidad de los actos del gobierno mexicano, frente a la aceptación del exilio chileno y frente a los movimientos político-sociales críticos al régimen, plantea cuestionamientos sobre los complejos vínculos entre la capacidad internacional de la diplomacia mexicana y la política nacional *priista* durante el período de la llamada *Guerra Sucia* (1964-1982).

El artículo tiene el objetivo de exponer la siguiente paradoja: cómo concebir la simultaneidad durante el gobierno de Echeverría entre el acercamiento con la izquierda chilena y el despliegue de la política de represión que sostuvo durante su presidencia. Para evidenciar esta contradicción me baso en el análisis de los discursos producidos en torno a la visita de Salvador Allende a México en 1972, así como las notas que se publicaron en fechas inmediatas al golpe de Estado en Chile en el diario mexicano *El Día*. Dicho diario, órgano mediático extendido por toda la república y afín al gobierno es un vehículo que permite acceder a la postura oficial del régimen. Argumento que el gobierno de Echeverría construyó un símil entre el levantamiento militar en Chile y los grupos subversivos en México; aunque ideológicamente divergentes, ambos compartieron el objetivo de romper la legalidad del régimen vigente en cada país. En este sentido, que el gobierno de Echeverría haya denunciado el golpe de Estado se lee como un reforzamiento a las instituciones legítimas y, de esa manera, los movimientos en contra del sistema aparecen entonces como una amenaza a ese orden.

El enfoque metodológico de este artículo responde a los cuestionamientos que provienen desde la historia transnacional (Conrad, 2017) y la Guerra Fría Global (Westad, 2017). Suscribo la idea propuesta por Tanya Harmer (2011) para comprender la Guerra Fría en América Latina desde una visión donde los actores políticos latinoamericanos son productores de sentido y autores de la Guerra Fría Interamericana. Así, los conflictos político-ideológicos que aquí presento son acontecimientos que muestran una relación de poder entre grupos de diferentes posturas y latitudes, que más que influenciados o dirigidos por los poderes mundiales —Estado Unidos o la Unión Soviética— son responsables de sus acciones y dueños de sus propias convicciones. Advierto, en sintonía con William Booth (2021), que «no es suficiente preguntarnos cuándo y cómo la Guerra Fría tuvo lugar en América Latina e importar marcos teóricos de otros espacios para resolverlo. Debemos preguntarnos, en cambio, cuándo y cómo la Guerra Fría fue latinoamericana» (p. 1129). En esa misma línea, disiento de las posturas historiográficas que observan al pasado mexicano como único y excepcional; en cambio, reparo en indicar las semejanzas de la experiencia política mexicana en relación con sus similares latinoamericanas. Propongo entonces abonar a aquellos estudios que defienden la importancia de engrosar los análisis históricos que resaltan la magnitud de la represión perpetrada por el Estado mexicano y que ponen en duda las interpretaciones sobre la *pax priista* y su carácter de dictablanda única en el continente (Gillingham y Smith, 2014).

Así como se ha construido una narrativa acerca de la particularidad del régimen *priista* en contraposición con las experiencias políticas latinoamericanas, también ha sido poderosa la mitificación en torno a la masacre de estudiantes en Tlatelolco el 2 de octubre de 1968 en México. Las interpretaciones sobre este hecho han recalcado su particularidad, imaginándolo como el evento más violento y cruel sobre la población. Esta exageración —sin menoscabar su gravedad— impide el entendimiento del funcionamiento del aparato de represión ejercido por el Estado mexicano y reduce la capacidad

para explicar su sistematicidad en espacios rurales o ajenos a la capital. A su vez, se ha conformado un cúmulo de explicaciones que coinciden con que este evento fue el origen de la lucha por la democracia mexicana, ensombreciendo otros movimientos que ciertamente cooperaron en su construcción (Allier Montaño, 2021).

A pesar de la gravedad de estos hechos los estudios sobre violencia estatal desde las ciencias sociales en México se han desarrollado sobre todo poniendo énfasis en los mecanismos de hegemonía, control e inclusión; es de manera reciente que se ha tratado de manera más académica el funcionamiento de los dispositivos del terrorismo de Estado durante la Guerra Sucia. Dentro de los esfuerzos por complejizar la realidad política y social entorno al 68 se han publicado textos importantes como [*Tiempo suspendido*] de Camilo Vicente Ovalle (2019), que exhibe el funcionamiento del aparato de contrainsurgencia del Estado mexicano; la compilación *Mexico: Beyond 1968* coordinada por Jaime Pensado y Enrique Ochoa (2018), donde reúnen una docena de artículos que revisan la brutal historia de las luchas clandestinas y la represión estatal más allá del mito del 68; por último, el libro coordinado por Fernando Calderón y Adela Cedillo, *Challenging Authoritarianism* (2012), que sentó las bases para visualizar la profundidad de las grietas que los movimientos de resistencia generaron en la estructura gubernamental del PRI. Así, este artículo busca abonar a la discusión sobre los usos y abusos de la violencia durante la Guerra Sucia y ponerlos en diálogo con los procesos políticos y sociales latinoamericanos.

El debate sobre la visita de Allende evidencia las paradojas de la realidad política mexicana, que fluctuaron entre la política de apertura democrática, el tercermundismo y la contrainsurgencia. El acercamiento al gobierno chileno reforzaba la propuesta de democratización y tercermundismo, por parte del ejecutivo mexicano, a la vez que justificaba la campaña de contrainsurgencia. Estos elementos resaltan a la luz de las dos interpretaciones historiográficas hegemónicas sobre el gobierno de Echeverría: los «sesenta globales» (*global sixties*) y los llamados «setenta subversivos». Los estudios más recientes desde ambas perspectivas han logrado matizar el mito del 68 mexicano al evidenciar las escalas diversas de los movimientos críticos al régimen antes y después de Tlatelolco, cuestión fundamental para los propósitos de este artículo.

Los «sesenta globales» se entienden como una unidad de sentido histórico que reconcilia diferentes caminos historiográficos: aquellas investigaciones en torno a los estudios de la Guerra Fría (*Cold War Studies*) y aquellas referentes a los estudios sobre la nueva izquierda (*New Left Studies*) durante la década del sesenta (Zolov, 2020). Acompañando esta categorización también es común encontrar que se conoce a este período como los *largos sesenta*, la cual es una expresión historiográfica que proviene de la idea braudeliana de entender el tiempo como una unidad analítica. En este sentido, siguiendo a Diana Sorensen (2007), los sesenta deben ser entendidos como una categoría heurística, más que cronológica. Para Latinoamérica, si bien la discusión encausada a resolver este problema ha sido superficial, Eric Zolov sostiene que la periodicidad más adecuada es comenzar los *largos sesentas* en 1958 con el cambio de la política exterior del vicepresidente Nixon conocida como la política «del buen vecino» y terminar con el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en 1973 (Zolov, 2014). Desde esta perspectiva la insurgencia de los grupos disidentes se explica desde sus características culturales y sus vínculos con los procesos transnacionales (Zolov, 2018).

Por otro lado, la propuesta de los «setenta subversivos» es resaltar los elementos violentos de dicha década, poniendo atención en la interpretación del impacto social y político de los movimientos de insurgencia, así como a la sistemática represión gubernamental (Pensado y Ochoa, 2018, p. 9). Desde esta perspectiva, el gobierno de Echeverría se explica desde la dinámica de resistencia y represión, haciendo énfasis en las características nacionales. La fortaleza de esta aproximación me-

todológica es que evidencia la importancia de afianzar los estudios históricos de un período que ha intentado ser silenciado desde los aparatos del Estado. Su debilidad, por otro lado, es que se obvia o limita el peso de actores internacionales y se restringen los elementos culturales que formaron también parte de las movilizaciones.

Me parece que el análisis aquí presentado permite pensar en que la construcción de legitimidad en el gobierno de Echeverría, tanto en la apertura diplomática como en la política de contrainsurgencia, evidencia los puntos de convergencia entre las perspectivas de los *global sixties* y los «setenta subversivos». Propongo no pensarlos como dos compartimentos explicativos divergentes, sino como una oportunidad para visualizar que ambos son parte de la experiencia histórica de los años setenta y que es necesario ponerlos a dialogar. El estudio aquí presente sirve como bisagra donde confrontar ambas perspectivas interpretativas; o incluso como una ventana para comprender las superposiciones de ambos modelos explicativos. La estrategia por parte del gobierno mexicano para no seguir perdiendo el poder presidencial se inserta tanto en una discusión de los largos y globales sesentas como en las discusiones sobre el auge insurgente y represivo de los setenta. De esta forma no solo se entiende el tercermundismo en tanto política global, como tampoco solo se entiende la contrainsurgencia en tanto política antisubversiva nacional.

Caducidad del presidencialismo

Para demostrar el argumento de este artículo es pertinente comprender cómo el presidencialismo, base del poder hegemónico del PRI, comenzó a resquebrajarse entre la década de los sesenta y setenta. Las muestras de la caducidad del régimen llevaron a la búsqueda de nuevas formas de legitimidad, entre las que resaltó el uso desmedido de la violencia de Estado y el proyecto de conseguir un papel diplomático preponderante en la región. El auge del autoritarismo durante el gobierno de Echeverría fue una muestra de la fuerza represora del Estado para recuperar el poder que la imagen del presidente había perdido durante los últimos años. A su vez, el acercamiento a la izquierda latinoamericana y el liderazgo diplomático a través de la defensa del tercermundismo funcionaron como una estrategia para establecer un nuevo modo de legitimidad.

Durante los primeros treinta años del régimen de partido único (1928-1958) la heterogeneidad de poderes locales y regionales se fue alineando al poder presidencial, el cual tuvo la capacidad de regular y arbitrar los conflictos entre los diferentes actores políticos. El pináculo de la fuerza política condensada en la figura del presidente se expresó en la facultad para nombrar a su sucesor sin temor a generar una crisis al interior del gobierno o frente a los otros poderes del Estado. La hegemonía del «señor presidente» constituyó uno de los elementos característicos del presidencialismo *priista*; su poder se extendió a tal escala que, como lo anota Pozas Horcasitas (2014), «la nominación por el PRI como candidato era casi la designación al cargo, procesado electoralmente» (p. 16).

Además del control de los poderes regionales y el dominio sobre el poder legislativo y judicial, la manipulación de los medios de comunicación fue central para consolidar el presidencialismo. En el supuesto de legitimidad proveniente de la revolución, la mutua colaboración entre medios de comunicación y gobierno resultó primordial para afianzar la imagen de un partido único y hegemónico (Sánchez y Anderson, 2018). En la Constitución de 1917 quedaron establecidas las pautas que orientaron dicha vinculación; en el artículo tercero de la Ley sobre Delitos de Imprenta se desplegaron los dispositivos que le permitieron al gobierno garantizar el control sobre los medios. Por ejemplo, cualquier comunicación que tuviera como objeto desprestigiar, ridiculizar o destruir las instituciones del país o a las Entidades Políticas que la forman sería considerada como un ataque al orden y la paz

pública. Del mismo modo, la ley dictaba que toda manifestación o expresión pública que provocara a la anarquía, al motín, sedición, rebelión o desobediencia de los mandatos legítimos de la autoridad sería ilegítima.² En el contexto de guerra civil en el cual se inscribió esta ley era clara la importancia de denunciar las publicaciones que incitaban a la desobediencia y a la rebelión, pues el objetivo último de dicha ley —y del gobierno constitucionalista— era la pacificación de un país que llevaba casi siete años en conflicto. Sin embargo, esta misma ley aplicada en el contexto de Guerra Fría se interpretó de manera muy diferente, pues la desobediencia, la rebelión, el motín o la injuria en contra de las autoridades del país se relacionaron con movimientos revolucionarios, posiblemente motivados por potencias extranjeras.

Ya que el partido único y hegemónico fue un partido en el gobierno y un partido del gobierno, cualquier crítica hacia el PRI no era solo una afrenta al Estado, sino también a la patria y a los valores nacionalistas (Meyer, 1995). Por lo tanto, aquellos movimientos sociales que sostuvieron una crítica al gobierno sufrieron las consecuencias de ser calificados como contrarrevolucionarios y antipatrióticos. Aunado a esto, en el contexto ideológico de la Guerra Fría, aquellos movimientos que no se adscribieran a la retórica nacionalista-*priísta* fueron catalogados como antinacionalistas y disruptivos del orden revolucionario oficial. Para lograr el desprestigio público de estos grupos el control mediático fue fundamental para el régimen. Es importante resaltar que no toda la prensa fue manipulada completamente por el Estado (Del Palacio, 2015), pero en general funcionó como una fuente para conocer la postura del gobierno frente a ciertos temas coyunturales. Al entender entonces la prensa como un espacio de construcción de la opinión pública, pero también como un medio de comunicación del discurso oficial del ejecutivo, esta me permite comprobar la postura del gobierno frente a los sucesos chilenos y mostrar la falta de representación de los mecanismos de violencia utilizados por Estado.

La paridad entre el partido único y el Estado hizo pensar por mucho tiempo que el poder gubernamental era ilimitado. Sin embargo, la creencia de un partido *priísta* todopoderoso no permite matizar espacios y grupos que conformaron una oposición activa al régimen y que fueron partícipes también de la vida pública durante dichos años. Así, es discutible que la presidencia tuviera un poder total sobre las instituciones que conformaban al gobierno y al Estado, pues la delimitación y relativización del poder real del presidente recayó en los márgenes de las instituciones que —como defiende Soledad Loaeza (2013)— contenían y daban forma a su poder. Durante la época más álgida del poder presidencialista (1928-1958) este encontró limitaciones como la situación geopolítica derivada de la vecindad con Estados Unidos, la Constitución, la separación de poderes, el juego de sucesión presidencial y las dinámicas geopolíticas. Aun así, mantuvo un control férreo sobre la opinión pública, el mapa político nacional y el discurso homogeneizador en torno a la vigencia de las demandas emanadas de la Revolución mexicana.

Esta facultad cohesionadora estuvo sustentada en la conformación de una cultura nacional revolucionaria integradora. A partir del crecimiento demográfico y los procesos de urbanización experimentados durante la década de los cincuenta y sesenta, emergieron grupos sociales que rompieron con la unicidad de la ideología nacional. Esta diversificación ideológica produjo grietas en la unidad cultural, simbólica y discursiva que había dado consistencia al nacionalismo de Estado sobre el que estaba edificado el presidencialismo (Pozas Horcasitas, 2014, p. 18). Durante los años sesenta el país fue testigo del incremento de las demandas sociales de diferentes grupos que buscaron hacer notar su inconformidad por vías pacíficas y legales. Campesinos, telegrafistas, ferrocarrileros, mineros, médicos, estudiantes —ellos y otros grupos de un abanico ideológico amplísimo— tanto en espacios rurales como urbanos, exigieron mejores condiciones de vida, mayores garantías democráticas, mejores

2 Ley sobre Delitos de Imprenta, Constitución General de la República Mexicana, 1917, pp. 1-2.

salarios. Sin embargo, sus demandas fueron recibidas con violencia, y su lucha pronto viró hacia la clandestinidad y la resistencia armada. La heterogeneidad, y a veces contradicción, de las ideologías detrás de los movimientos opositores al régimen (Pensado y Ochoa, 2018) y la incapacidad de este para circunscribirlos en el discurso oficial es una de las razones que ayudan a comprender el inicio de la Guerra Sucia (1964-1982). El término *guerra sucia* surgió con el objetivo de visibilizar cómo el enfrentamiento entre el Estado y la sociedad se llevó a cabo entre grupos con fuerzas desiguales. Lo «sucio» de la guerra hace alusión en sentido figurado a las acciones criminales del terrorismo de Estado (Oikión Solano y García Ugarte, 2006, p. 16).

La reacción por parte del Estado se concentró en la utilización de la fuerza militar, de la policía de investigación (Dirección Federal de Seguridad, DFS) y de grupos paramilitares. Las prácticas de captura, tortura y desaparición sistemática fueron las principales herramientas de lo que Camilo Vicente Ovalle nombra el circuito de detención-desaparición (Vicente Ovalle, 2019). La política de contrainsurgencia fue la práctica legal e ilegal de persecución, represión, detención, captura, incomunicación, tortura, desaparición y asesinato llevado a cabo por parte del Estado mexicano (Rangel Lozano, 2015). Estas operaciones de contrainsurgencia guardan similitudes con las prácticas de la llamada Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) implementadas en los regímenes cívico-militares del Cono Sur durante los años setenta.³ Según Vicente Ovalle la contrainsurgencia, como una estructura clandestina de la represión en México, tuvo un nivel de refinamiento muy similar al resto de los países latinoamericanos y se originó en la década del sesenta en el momento en el que grupos de servicios de inteligencia y de seguridad nacional surgieron dentro de la estructura legal de la policía y el ejército, los cuales tuvieron como objetivo combatir los nuevos grupos de la disidencia organizada. El carácter de cooperación entre policía y ejército fue una característica fundamental del alza en la violencia estatal, como lo anota Sierra: «los hechos más atroces de la contrainsurgencia mexicana siempre ocurrieron cuando la policía y los militares unieron sus fuerzas para combatir la guerrilla» (Sierra, 2003, p. 26). El distintivo de este tipo de represión fue el anticomunismo y la percepción de una insurgencia nacional generalizada (Vicente Ovalle, 2019).

Frente a la incapacidad de sostener un discurso homogeneizador que incluyera a los nuevos grupos sociales surgidos de los procesos de industrialización y la urbanización, el régimen *priísta* se encontró frente a la disyuntiva de recuperar la concentración del poder presidencial. La violencia fue una parte integral para mantener la modernización del país a manos del partido dominante. La habilidad para controlar la disidencia fue fluctuante, pero claramente sistemática en la década del setenta (McCormick, 2018, p. 266). El reto no fue menor y la estrategia para legitimar la figura del presidente se sostuvo en dos pilares: la eliminación de aquella oposición que no accediera a unirse al discurso oficial y la búsqueda de convertir a México en un poder central para la diplomacia de la región latinoamericana y tercermundista.

«La defensa de iguales principios seguirán siendo solidarios»

Para lograr ubicar a México como un modelo de política exterior y concentrar en el presidente las facultades para negociar entre los poderes de la región, sobre todo entre Estados Unidos, Cuba y el resto de los países latinoamericanos, es necesario considerar dos momentos claves en el fortalecimiento de dicho papel. El primero de ellos se encuentra inmerso en la política diplomática de Echeverría respecto al

3 A pesar de que la política de represión estuvo justificada desde el discurso anticomunista, esta llegó a grupos que no necesariamente fueron marxistas (como sindicalistas o intelectuales) e incluso tuvo repercusiones en ciudadanas y ciudadanas que no tenían ningún tipo de vínculo con la guerrilla o las disidencias.

acercamiento de los países pertenecientes al tercermundismo: la visita de Salvador Allende al territorio mexicano en 1972. El segundo de ellos estalló a partir de los golpes de Estado en el Cono Sur y la política de apertura al exilio defendida por el mandatario mexicano. Ambos sucesos permiten comprender cómo el acercamiento a la izquierda latinoamericana fue utilizado como una política para legitimar el papel de México a nivel regional y las operaciones de contrainsurgencia en una escala interna.

En diciembre de 1972 Salvador Allende hizo un viaje por la República mexicana, acompañado por el presidente Luis Echeverría y su familia. Son famosas las palabras que el presidente chileno compartió el 2 de diciembre de ese año en la Universidad de Guadalajara, por lo que no las mencionaré aquí; menos conocidas son las palabras del presidente mexicano al presentar a Salvador Allende al público universitario. Luis Echeverría, parado enfrente de una pancarta gigantesca que exponía «La defensa de iguales principios seguirán siendo solidarios» presentó al mandatario chileno de la siguiente manera:

Dispongamos pues a escuchar a un amigo de México que lucha en su patria por las más altas y nobles y difíciles causas y que ha venido a encontrar en nuestra patria una simpatía, un apoyo, un entendimiento y una solidaridad que queremos que encuentre en toda América Latina.⁴

Después de pronunciar estas palabras se escuchó al maestro de ceremonias exclamar con orgullo, respecto Allende: «El líder intrépido, con nosotros». Es clara la admiración que sentía Echeverría frente al presidente chileno. Se puede incluso concluir que este es en gran medida un modelo a seguir para el mexicano. También es notable el respeto y emoción del público universitario. Predominaron las palabras de solidaridad (tanto en la presentación como en la manta), las imágenes de valentía por parte del pueblo chileno y la propuesta de apoyo incondicional.

Frente a la visita de Allende en México tanto grupos conservadores y una parte de la izquierda mexicana expresaron su escepticismo respecto a la visita de Allende, su discurso y supuesta amistad con Echeverría. Por un lado, para los sectores empresariales la implicación de cercanía con un gobierno que se proclamaba abiertamente socialista, como el chileno, levantó suspicacias; en un ambiente cada vez más tenso entre Echeverría y los grupos empresariales la visita de Allende pudo ser interpretada como una afrenta (Arriola y Galindo González, 1984). Por otro lado, para la mayor parte de los grupos opositores surgidos en los sesenta, la retórica de izquierda adoptada por el presidente mexicano fue leída como una fachada para esconder las acciones de un régimen que cada vez se mostraba más autoritario y violento (Dillingham, 2018, p. 114).

A nivel internacional, la relación oficial con un gobierno socialista había sucedido con anterioridad cuando México se negó a retirar las relaciones diplomáticas con Cuba y defendió la permanencia de la isla en la Organización de Estados Americanos. Aunque esta postura contradujo la línea marcada por los Estados Unidos le permitió a México consolidarse como un poder mediador en la región. La fortaleza diplomática jugó en beneficio de la política interna, pues como anotan Calderón y Cedillo (2012), Cuba se acercó tanto al gobierno mexicano que negó el apoyo a las guerrillas mexicanas en los setenta (p. 5).

En el contexto de la pérdida de legitimidad que he enunciado anteriormente, la aproximación al gobierno de la Unidad Popular le daba la oportunidad al Estado mexicano para incluir en su discurso a grupos de izquierda que se sintieran atraídos por el socialismo chileno y así, accedieran a ver en el gobierno mexicano un régimen aceptable; también, fungió como justificación de la represión misma, pues al construirse una imagen de izquierda oficial resultó problemática una postura de oposición al régimen si en principio se compartía la misma postura. Por último, a nivel internacional México se

4 Discurso de Salvador Allende en la Universidad de Guadalajara, 1972.

posicionó como el eje de negociaciones entre los países socialistas latinoamericanos y Estados Unidos (Thornton, 2020). En este sentido, si bien la visita de Allende fue vista con recelo por parte de las autoridades estadounidenses, la cercanía de Echeverría con el vecino del norte fue una garantía que permitió una libertad de acción inesperada. Al final, Nixon y Kissinger prefirieron sostener una relación de cooperación con el gobierno mexicano al cual podían recurrir para influenciar las dinámicas de la región (Dillingham, 2018, p. 113). La solidaridad con el pueblo chileno no fue solo un discurso que defendió Echeverría durante la visita de Allende, sino que la retórica de acercamiento se mantuvo durante los siguientes meses, sobre todo mediante la publicación de notas periodísticas en los medios afines al gobierno.

El Día. Vocero del Pueblo de México fue una publicación periódica que nació en 1962 bajo la dirección de José Luis Camacho López (Chavarría Galindo, 2001). La estructura del diario era común para la época: una portada con el objetivo de exponer las noticias más relevantes, el editorial, una sección de política nacional y otra de economía, varias páginas dedicadas a publicidad, cuatro planas correspondientes a noticias internacionales y el cierre del periódico les pertenecía a las noticias de la farándula y el deporte. Sin embargo, en comparación de otros diarios mexicanos, esta contó con una sección enfocada en problemas internacionales del Tercer Mundo. En sus páginas es posible encontrar el seguimiento de las Conferencias Tricontinentales en la Habana (1966) y también en Argelia (1973), las cuales se construyeron a partir de la vinculación que el diario tenía con *Le Monde*. También resalta el papel central que se le dio en esa sección a América Latina, indicador de que existió una decisión editorial para compartir los vínculos políticos y culturales con el resto de los países latinoamericanos. Estos detalles permiten concluir que *El Día* se encontraba en consonancia con la política diplomática del gobierno mexicano, pues se destaca de manera constante el papel del gobierno mexicano en Latinoamérica y su preocupación por el tercermundismo a nivel internacional. No es de sorprender que el seguimiento de la realidad chilena fuera extenso en la prensa mexicana en la medida en que existía una admiración por las instituciones del país austral, una suerte de reflejo de lo que la clase política mexicana creía ser.

El primero de septiembre de 1973 —y durante todo el mes— *El Día* dispuso una plana completa para publicaciones respecto al acontecer político chileno. En una de las notas expuso: «la ultrazquierda chilena estima que está latente aún el peligro de un golpe de Estado para reemplazar al gobierno de coalición izquierdista por una junta militar».⁵ Al día siguiente, en la misma sección nombrada «América Latina», apareció una crítica en contra de la oposición democrática por no apoyar al gobierno de la Unidad Popular bajo el titular «La DC rechazó la proposición para reiniciar el diálogo con el gobierno».⁶ Resulta particularmente interesante que la prensa mexicana expusiera un apoyo implícito a la izquierda marxista al publicar un comunicado del MIR y que se declarase crítica a la postura de la Democracia Cristiana, partido que podría parecerle más moderado y que de hecho resultaba mucho más afín a su postura política.

La nota publicada el tres de septiembre contiene declaraciones del ministro del Interior chileno, Carlos Briones:

Este gobierno ha dado y da muestras mucho más que suficientes de su auténtica vocación democrática, de su sometimiento al orden jurídico e institucional del país y de su respeto irrestricto a la libertad de expresión que en estos últimos días ha degenerado en un verdadero libertinaje.⁷

5 *El Día*, 1 de setiembre de 1973, p. 6.

6 *El Día*, 2 de setiembre de 1973, p. 6.

7 *El Día*, 3 de setiembre de 1973, p. 6.

Resulta clara la importancia de la democracia como un valor a respetar y defender, una democracia que además se visualizaba legítima, justa y adecuada para la vida latinoamericana. Esta postura fue repetida en diferentes notas durante los días de septiembre y defendida no solo por el diario en general, sino también por las notas de opinión del analista oficial del diario, Hernando Pacheco, encargado de la sección de comentarios internacionales.

En la sección internacional del diario, el 11 de septiembre el gran titular es «Allende confía que pronto será solucionada la crisis que vive Chile».⁸ *A posteriori* esta nota resulta ingenua, pues acaso horas después de ser publicado el número de aquel fatídico día, Allende ya no se encontraba con vida. Sin embargo, también fueron recurrentes notas que expresaron sospechas y advertencias sobre un posible golpe de Estado. Por ejemplo: «en medios periodísticos locales corrió hoy el rumor de que habrían presentado su renuncia los ministros militares que representan al Ejército, la Marina y la Aviación en el gobierno de Allende».⁹

El miércoles 12 de septiembre de 1973 en la portada del diario apareció una fotografía de Luis Echeverría y Salvador Allende, acompañados de sus esposas, cuando el dirigente chileno realizó una visita al país mexicano en 1972. Sobre esta fotografía, ocupando el ancho del papel, se lee: «Sobre el cadáver de Allende, se instaló el poder militar»; los subtítulos de la nota anuncian: «Unidades blindadas y la fuerza aérea entraron en acción para reducir la resistencia del palacio presidencial» y «Proclaman los golpistas la “lucha por la liberación del país del yugo marxista”».¹⁰ También en la portada se publicó un extracto del discurso del presidente Echeverría en solidaridad con el pueblo chileno y un aviso de la Cámara del Senado mexicano. Tanto en la nota principal, como en los comunicados del gobierno, el carácter de las declaraciones es de denuncia y repudio al golpe de Estado, pues fue considerado como un acto que violaba toda institucionalidad propia de una democracia fuerte —como la de Chile, pero también, como se insinuaba, la mexicana—. La postura oficial del gobierno mexicano se expresó en frases como «es un duro golpe a la lucha del Tercer Mundo» o «fiel a su política de no intervención y de respeto a la libre autodeterminación de los pueblos».¹¹ Es visible, entonces, cómo el golpe de Estado en Chile fue utilizado por el gobierno mexicano para dar a conocer su postura antiimperialista —proveniente de una tradición diplomática del no intervencionismo—, pero también para reforzar el liderazgo en la región al defender valores tercermundistas.

El golpe de Estado en Chile fue leído desde la experiencia histórica mexicana, vinculándolo con una experiencia nacional, si bien lejana, no por eso olvidada. La toma inconstitucional del poder por parte del general Victoriano Huerta en 1911 y el subsecuente asesinato del presidente electo democráticamente, Francisco I. Madero, fue la referencia inmediata y profunda con los golpes de Estado. Esta experiencia, que había provocado la Revolución mexicana, un estallido social sin parangón y una violencia cotidiana presente todavía en la memoria colectiva, funcionó como el referente al cual se vinculaba la experiencia chilena. Por esto, un golpe de Estado representaba más que una violación a la legalidad o al pacto político, era la oportunidad para un estallido social que podría derivar en guerra civil. «Deseamos que por sobre esta fuerza de la sinrazón contra el derecho, la constitución, la ley y la democracia triunfe la voluntad popular de los trabajadores del pueblo»,¹² exclamó el diputado veracruzano Fidel Herrera, líder del Movimiento Nacional Juvenil Revolucionario (MNJR), partido

8 *El Día*, 11 de setiembre de 1973, p. 6.

9 *El Día*, 1 de setiembre de 1973, p. 6.

10 *El Día*, 12 de setiembre de 1973, p. 1.

11 *Idem*.

12 *Ibidem*, p. 6

de las juventudes *priístas*.¹³ Un golpe de Estado estaba relacionado no solo con el rompimiento de las garantías democráticas y sus instituciones, sino con el estallido social y violento. Así, no es extraño que ley, democracia, Constitución y derecho fueran elementos que debían permanecer unidos a la voluntad popular.

En el editorial titulada «Sangre que hará historia: la del presidente Allende» la relación con ese pasado mexicano es explícito:

En México nuestros padres supieron mucho de esto. La sangre de Francisco I. Madero, el Presidente Mártir, anunció el torrencial desbordamiento de sangre mexicana que ocurriría poco después. Victoriano Huerta, con su deslealtad criminal, desafió a las potencias superiores de la historia; se abrieron entonces las compuertas de la gran violencia popular y de la revolución profunda.

Hay un hondísimo sentido humano en las palabras en que el presidente Echeverría desea al pueblo de Chile que reencuentre su camino en la paz y la democracia. Pero aunque los pueblos y los gobiernos de vocación popular quieran la paz y practiquen la tolerancia democrática ¿no seguirán los imperialistas norteamericanos y sus aliados de la reacción latinoamericana despreciando las más severas lecciones de la historia contemporánea?¹⁴

Francisco I. Madero y Salvador Allende fueron dibujados como presidentes mártires que sufrieron la violencia del ejército por defender un cambio social y popular. El ejército mexicano y el chileno, apoyados por la oligarquía nacional y la intervención estadounidense, rompieron con la voluntad popular, la cual extendió su representación más allá de las fronteras nacionales, pues esta aparece como una fuerza regional, homogeneizadora, latinoamericana. El editorial comenzó haciendo una descripción de la democracia chilena que «ha sido interrumpida por la violencia desencadenada desde los cuarteles»¹⁵ y denunciando el rompimiento del pacto legal que el ejército había firmado con el gobierno. Este acto, además, habría manchado al Ejército: «se ha cubierto de ignominia, ha negado de un solo golpe su razón de ser institucional».¹⁶ Otras referencias a esta similitud son visibles en notas posteriores, como cuando el senador Óscar Tapia declaró «Los ideales de Madero y Allende son patrimonio del Tercer Mundo».¹⁷ El Ejército chileno se habría comportado de manera fascista, antipatriótica; se le consideró traidor a la causa popular chilena y «de los pueblos de América Latina y de los pueblos todos del Mundo».¹⁸ En el discurso *priísta* no hay nada más grave que no tomar en cuenta las demandas populares. Así, el poder de cambio seguía recayendo en el pueblo chileno, pues este era «protagonista de su historia» y «decidirá por sí mismo su destino, más allá de intromisiones ilícitas del exterior».¹⁹

El equipo editorial de *El Día* entendió la lucha chilena de Allende como una lucha latinoamericana, pues «sería falso no advertir ni comprender que la lucha del pueblo chileno es parte indivisible y muy sensible de la gran lucha latinoamericana; de la lucha de todos los países que quieren vivir en paz y libertad».²⁰ En este sentido, así como Francisco I. Madero se había sacrificado por la revolución

13 *El Día*, 12 de setiembre de 1973, p. 6.

14 «Editorial. Sangre que hará historia: la del presidente Allende...», *El Día*, 1973, p. 1.

15 *Idem*.

16 *Idem*.

17 *El Día*, 15 de setiembre de 1973, p. 6.

18 «Editorial. Sangre que hará historia: la del presidente Allende...», *El Día*, 1973, p. 1.

19 *Idem*.

20 *Idem*.

mexicana, «Allende, Héroe y Mártir de la Legalidad»²¹ había dado su vida por evidenciar el intervencionismo yanqui y su muerte mostraba el peligro constante en que se encontraban las naciones latinoamericanas frente a los grupos que buscaron romper con el devenir revolucionario.

Habría existido, entonces, una cierta sensibilidad compartida entre países tercermundistas que les acercó en el contexto de la Guerra Fría a pesar de sus claras diferencias políticas ¿Cómo es posible que un partido dominante como el PRI pudiera coincidir en política exterior con una coalición de partidos de izquierda que propuso una vía al socialismo como la de la Unidad Popular? Según Eduardo Devés, el tercermundismo fue una corriente de pensamiento desarrollada en los países de Asia, África y América Latina que, en torno a la Conferencia de Bandung (1955) y después en el Movimiento de Países No Alineados (1961), configuraron una política internacional de apoyo y cooperación entre los países que buscaron conformar un tercer eje dentro de la dinámica bipolar de la Guerra Fría (Devés Valdés, 2017). El origen del concepto es posible rastrearlo hasta 1952, cuando el demógrafo Alfred Sauvy mencionó la importancia de que Francia retomara el poder colonial que había perdido y así se posicionara como un tercer eje influyente en la política internacional (Palieraki, 2023). A pesar de este origen colonialista, el tercermundismo pronto se resignificó desde los países del Tercer Mundo como una suerte de sentimiento regional abanderado por las élites intelectuales en lucha por la descolonización (Alburquerque, 2015).

El gobierno de la Unidad Popular asumió una postura tercermundista tanto en la descripción de su gobierno como en la práctica de la diplomacia. Esa fue también la seña de identidad del gobierno de Echeverría. Ahora bien, explicar las políticas internacionales del mandatario mexicano como una forma de desviar la atención sobre la represión interna resulta simplista; en cambio, es necesario evidenciar cómo Echeverría buscó ser un actor activo dentro de las dinámicas de la Guerra Fría a pesar de las limitantes que implicó dirigir al país más cercano a Estados Unidos (Zolov, 2018, p. 25). Dentro del campo de acción internacional, logró abrir una embajada en Beijing, entrevistarse con Mao Zedong y proponer la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados —tal vez uno de sus más grandes éxitos en política internacional— (Rodríguez, 2022). Este documento, también conocido como «Carta Echeverría», fue una propuesta del presidente mexicano frente a las Naciones Unidas con el fin de «establecer y mantener un orden económico y social que sea justo y equitativo» para los países en vías de desarrollo (*Carta Echeverría*, 1974).²² Fue, en síntesis, una propuesta tercermundista para garantizar las condiciones de desarrollo independientemente de la ideología que estuviera detrás de la decisión. En este sentido, el presidente mexicano defendió la libertad económica a pesar del contexto bipolar, posicionándose así crítico del intervencionismo y del imperialismo de ambos polos.

Vuelvo a presentar entonces la paradoja que nos concierne: mientras el gobierno de Echeverría tenía una postura de apertura hacia afuera, hacia dentro la política era de control y represión social. Políticos de izquierda chilenos —incluidos militantes marxistas, intelectuales y dirigentes sindicales, grupos de la sociedad civil, obreros, jóvenes y una diversidad de personas afines al gobierno de la Unidad Popular— fueron bienvenidos al país, mientras que disidentes políticos mexicanos y grupos sociales en resistencia —que tenían el objetivo de transformar de manera radical un régimen que no había cumplido con las demandas sociales de la Revolución— eran brutalmente reprimidos, asesinados, desaparecidos (Vicente Ovalle, 2019).

21 *Idem.*

22 Carta de derechos y deberes económicos de los Estados (Carta Echeverría), resolución 3281 (XXIX) de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, 1974.

Para explicar la lógica detrás de esta paradoja me remito de nuevo al análisis hemerográfico. La primera narrativa sobre el golpe de Estado presente en *El Día* es la caracterización de la experiencia de la Unidad Popular como un gobierno afín a las causas mexicanas revolucionarias, simbolizadas en el PRI en general, y en el gobierno de Echeverría en particular. En este sentido, los valores que defendió la Unidad Popular son considerados un espejo de las garantías democráticas y sociales que se han construido en México a partir de los gobiernos posrevolucionarios. La solidaridad con el pueblo chileno «que ha sido traicionado» es casi un deber diplomático y humanitario para el gobierno mexicano: el valor de esta acción conllevó a salvar la vida de miles de exiliados chilenos, pero también tuvo un objetivo político nacional. Sin embargo, esta misma convicción de la defensa de aquello que se consideraba correcto y la presión de grupos —tanto externos como internos de la política a su alrededor— llevaron a Echeverría a presidir uno de los gobiernos más crueles y violentos en la historia del PRI. Los grupos reprimidos durante su mandato y la cantidad de presos políticos se multiplicaron y llevaron a una de las tragedias menos estudiadas, pero más profundas de la historia mexicana en las últimas décadas. La eliminación de la guerrilla en México se fraguó en la política de desaparición llevada a cabo por los militares y la DFS entre 1964 y 1982. Según el estudio de McCormick, los números duros indican que al menos siete mil personas fueron torturadas, tres mil fueron presos políticos y más de tres mil fueron desaparecidos o asesinados (McCormick, 2018, p. 256).

La contrainsurgencia fue entonces un mecanismo para contener las demandas sociales y políticas provenientes de disidentes, que en el marco discursivo del gobierno eran considerados contrarrevolucionarios. Su actuar, al salirse del pacto revolucionario de 1917, se escapaba también de la ley. La represión no convierte al gobierno en turno menos revolucionario, al contrario, lo eleva como el defensor de la verdadera Revolución y es en este punto que se vincula con el proyecto chileno. El cambio legítimo y popular se encontraba en torno a la propuesta de la Unidad Popular y en específico en Salvador Allende como aquel guía y protector de la patria chilena; era así un símil a aquellos presidentes mexicanos posrevolucionarios que habían defendido el régimen popular revolucionario. Allende, de ese modo, fue considerado como un héroe a la par que los revolucionarios mexicanos. En esa misma línea, el pueblo chileno perseguido por la junta militar sería una representación del pueblo mexicano huyendo de la dictadura de Victoriano Huerta. La afinidad con el exilio chileno no es una muestra de contradicción ideológica, es más bien un reforzamiento de la idea de un gobierno heredero de los valores revolucionarios y defensor de las causas justas.

Reflexiones finales

El pasado de los años setenta es, como aseguró Melgar Bao (2006), una historia caliente (p. 26). La contradicción del gobierno de Echeverría entre la política interna de contrainsurgencia y la postura internacional (antiyanqui y solidaria con América Latina) es el centro de la discusión que presento en este artículo. Frente al golpe de Estado, considerado como una traición a la legalidad constitucional chilena, el pueblo mexicano debía —según Echeverría y el PRI— entrever una lección que le llevara a vivir bajo las normas de la Constitución vigente. En este sentido, como ya lo hemos anotado, al vincularse Echeverría con la causa de Allende y de los perseguidos chilenos, expresaba su rechazo total a la dictadura militar presidida por Pinochet y así, lograba construir un vínculo simbólico entre los golpistas chilenos y aquellos grupos mexicanos que buscaban romper con la legalidad emanada de la Revolución mexicana. Es obvio que la guerrilla mexicana nada tenía que ver con el levantamiento en contra del gobierno de la Unidad Popular; sin embargo, en el discurso antirrevolucionario ambos congeniaban en considerarlos como agentes del rompimiento del régimen. En ese sentido, tan contrarrevolucionaria resultaba la junta militar chilena como los grupos guerrilleros mexicanos.

El golpe de Estado en Chile fue leído como «una lección para México», pues «el drama de Chile nos obliga a vivir más de acuerdo con la Constitución»,²³ defendía Echeverría.²⁴ La apertura democrática del presidente mexicano se consolidó a partir de la construcción de una imagen política arraigada al legalismo, al constitucionalismo y al tercermundismo. De esta manera buscó escapar y ocultar su responsabilidad en la política de contrainsurgencia. La lección para México consistía en no salirse de los márgenes institucionales: la advertencia era clara. La prensa en México —sobre todo aquella vinculada oficialmente con el gobierno— ayudó a construir esta imagen a partir de tres narrativas: una mirada solidaria y bondadosa con el pueblo chileno que estaba siendo reprimido; con la denuncia de la fuerza militar por parte del ejército austral; y, por último, al no hacer público el sistema de represión mexicana en contra de los grupos guerrilleros.

Desde los estudios actuales es posible concluir que la violencia ejercida por el régimen autoritario en Chile y la represión en México se acercaron en métodos, objetivos y despliegue. Sin embargo, el gobierno mexicano rompió relaciones con la Junta militar, reiteró su apoyo al destruido régimen de la Unidad Popular, condenó la fuerza utilizada durante la toma de la Moneda y de las pesquisas posteriores, asiló a miles de chilenos exiliados y construyó la imagen de un Salvador Allende mártir. Así, la violencia estatal que se llevaba ejerciendo en México desde los años sesenta se enmascaró detrás de la legalidad que le dio la institucionalización de la revolución al partido oficial. El control del gobierno sobre los medios de comunicación apoyó a la creación de la narrativa de un país mexicano democrático y de izquierda no marxista; sin embargo, gracias a las investigaciones más recientes sobre la contrainsurgencia en México es posible no solo comprender el mecanismo de represión, sino también resignificar las relaciones de México con América Latina y leer desde otro lugar la postura del gobierno mexicano frente al golpe de Estado en Chile.

El vínculo con el gobierno de Allende fue parte de las estrategias del PRI para contener las movilizaciones críticas al gobierno. La apertura democrática y la retórica oficial tercermundista permitieron el desarrollo de espacios políticos y soporte institucional a ciertas iniciativas progresistas. La apertura de las fronteras mexicanas para el recibimiento de miles de exiliados chilenos, entre ellos la familia del difunto expresidente, son muestra de este compañerismo —y acaso— acercamiento político. De igual manera, la condena al régimen pinochetista y la interrupción de las relaciones diplomáticas entre ambos países son ejemplo de la postura que el gobierno mexicano tomó respecto a la dictadura, lugar que ocupó también frente a las similares experiencias argentina y uruguaya. El golpe de Estado en Chile es entonces leído como una forma de afianzar la postura del gobierno mexicano hacia afuera como líder del tercermundismo, la libertad y la solidaridad; e, internamente, como un gobierno que permitió expresiones dentro de la legalidad que este construyó, es decir, aquella afín a la postura hegemónica del PRI.

Referencias bibliográficas

- ALBURQUERQUE, G., (2015). Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: Ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990. *Tempo e Argumento*, 6(13), 140-173. <https://doi.org/10.5965/2175180306132014140>
- ALLIER MONTAÑO, E. (2021). *68 el movimiento que triunfó en el futuro: Historias, memorias y presente. intelectuales y el Estado*. Bonilla Artigas Editores- | Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

23 *El Día*, 13 de septiembre, 1973, p. 1

24 *Idem*.

- ARRIOLA, C., y GALINDO GONZÁLEZ, J. G. (1984). Los empresarios y el Estado en México, 1976-1982. *Foro Internacional*, 25(2), 118-137.
- BOOTH, W. A. (2021). Rethinking Latin America's Cold War. *The Historical Journal*, 64(4), 1128-1150. <https://doi.org/10.1017/S0018246X20000412>
- CALDERÓN, F., y CEDILLO, A. (Eds.). (2012). *Challenging authoritarianism in Mexico: Revolutionary struggles and the dirty war, 1964-1982*. Nueva York: Routledge/Taylor y Francis Group.
- CHAVARRÍA GALINDO, S. (2001). *Los cambios de la prensa escrita a raíz de la aplicación del modelo neoliberal: El Nacional, el Día, la Prensa y el Unomasuno* (Tesis para optar por el título de Licenciado de Licenciatura en Comunicación y Periodismo), Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- CONRAD, S. (2017). *Historia Global. Una nueva visión para el mundo actual*. Madrid: Crítica.
- DILLINGHAM, A. S. (2018). Mexico's Turn Toward the Third World: Rural Development Under President Luis Echeverría. En J. Pensado y E. Ochoa (Eds.), *Mexico Beyond 1968. Revolutionaries, radicals, and repression during the Global Sixties and subversive seventies* (pp. 113-133). Tucson: The University of Arizona Press.
- DEVÉS VALDÉS, E. (2017). *Pensamiento Periférico*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- DEL PALACIO, C. (2015). *Pasado y presente. 220 años de prensa veracruzana (1975-2015)*. Ciudad de México: Editorial Veracruzana.
- GILLINGHAM, P., y SMITH, B. T. (2014). *Dictablanda: Politics, work, and culture in Mexico, 1938-1968*. Durham: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Duke University Press.
- HARMER, T. (2011). *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- HERRERA CALDERÓN, F., y CEDILLO, A. (Eds.). (2012). Challenging authoritarianism in Mexico: Revolutionary struggles and the dirty war, 1964-1982. Nueva York: Routledge/Taylor & Francis Group.
- LOAEZA, S. (2013, agosto). Dos hipótesis sobre el presidencialismo autoritario. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LVIII (218), 53-72. Recuperado de <https://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcyps/article/view/42660>
- MCCORMICK, G. (2018). Torture and the Making of a Subversive During Mexico's Dirty War. En J. Pensado y E. Ochoa (Eds.), *Mexico Beyond 1968. Revolutionaries, radicals, and repression during the Global Sixties and subversive seventies* (pp. 254-272). Tucson: The University of Arizona Press.
- MEYER, L. (1995). *Liberalismo Autoritario. Las contradicciones del sistema político mexicano*. Ciudad de México: Océano.
- OIKIÓN SOLANO, V., y GARCÍA UGARTE, M. E. (2006). *Movimientos armados en México, siglo XX*. Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- PALIERAKI, E. (2023). The Origins of the 'Third World': Alfred Sauvy and the Birth of a Key Global Post-War Concept. *Global Intellectual History*, 1-30. <https://doi.org/10.1080/23801883.2023.2166558>
- PENSADO, J. M., y OCHOA, E. (Eds.). (2018). *Mexico Beyond 1968. Revolutionaries, radicals, and repression during the Global Sixties and subversive seventies*. Tucson: The University of Arizona Press.
- POZAS HORCASITAS, R. (2014). *Los límites del presidencialismo en las sociedades complejas: México en los años sesenta*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.
- RANGEL LOZANO, C. E. G. (2015). *México en los sesenta. ¿Guerra sucia o terrorismo de Estado? Hacia una política de memoria*. Chilpancingo: Universidad Autónoma de Guerrero.
- RODRÍGUEZ EVERAERT, A. S. (2022, julio 12). Luis Echeverría Álvarez Was a Demagogue With Big Dreams. *Foreign Policy*. Recuperado de <https://foreignpolicy.com/2022/07/12/mexican-president-luis-echeverria-alvarez-dead-obituary/>
- SÁNCHEZ, S. A., y ANDERSON, P. (2018). La prensa mexicana en la justificación del anticomunismo, 1959-1970. *HistoReLoHistoReLo. Revista de historia regional y local*, 10(20). Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/histo/v10n20/2145-132X-histo-10-20-00165.pdf>
- SIERRA, J. L. (2003). *El enemigo interno. Contrainsurgencia y Fuerzas Armadas en México*. México: Universidad Iberoamericana / -Plaza y Valdés.
- SORENSEN, D. (2007). *A Turbulent Decade Remembered. Scenes from the Latin American Sixties*. Stanford: Stanford University Press.
- THORNTON, C. (2020). A Mexican New International Economic Order? En T. Field, S. Krepp, y V. Pettinà (Eds.), *Latin America and the Global Cold War* (pp. 301-342). Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

- VICENTE OVALLE, C. (2019). *[Tiempo suspendido] Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980*. Ciudad de México: Bonilla Artigas.
- WESTAD, O. A. (2017). *La Guerra Fría. Una historia mundial*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.
- ZOLOV, E. (2014). Introduction: Latin America in the Global Sixties. *Cambridge University Press*, 70(3), 349-362.
- ZOLOV, E. (2018). Integrating Mexico into the Global Sixties. En J. Pensado y E. Ochoa (Eds.), *Mexico Beyond 1968. Revolutionaries, radicals, and repression during the Global Sixties and subversive seventies* (pp. 19-32). Chapel Hill: The University of Arizona Press.
- ZOLOV, E. (2020). *The Last Good Neighbor: Mexico in the Global Sixties*. Durham: Duke University Press.